

Versión española e Introducción de *Apuntes sobre el yo en la deportación*, de Marinette Dambuyant

Noemí Pizarroso López

(UNED)

INFORMACIÓN ART.

Recibido: 23 abril 2025
Aceptado: 15 mayo 2025

Palabras clave
Marinette Dambuyant,
deportación,
Ravensbrück,
mujeres

Key words
Marinette Dambuyant,
deportation,
Ravensbrück,
women

RESUMEN

Existe una ingente bibliografía sobre los campos de concentración, muy particularmente sobre los campos nazis. En ese corpus cabe distinguir un género particular, el de los relatos en primera persona, donde sin duda alguna destaca el de Primo Levi. Menos atención ha recibido el caso de los deportados por motivos políticos y menos aún el caso de las mujeres, sobre todo en el caso francés. Rescatamos y presentamos aquí uno de estos relatos, nunca antes traducido ni reeditado. Se trata del análisis ofrecido por Marinette Dambuyant (1907–2001), profesora de filosofía y discípula del psicólogo Ignace Meyerson, a su regreso del campo de Ravensbrück, ante la Sociedad de Estudios Psicológicos de Toulouse, en una jornada dedicada a las “Rupturas de la vida”, en marzo de 1946. El objetivo de esta introducción es situar este episodio de la deportación y el análisis que ofrece de la experiencia vivida en los campos, en su propia trayectoria biográfica e intelectual, estrechamente ligada en ese periodo a la de Meyerson.

Spanish version and Introduction of *Notes on the Self in Deportation*, by Marinette Dambuyant

ABSTRACT

There is a vast body of literature on concentration camps, particularly on Nazi camps. Within this corpus, a distinct genre emerges: first-person accounts, among which Primo Levi's undoubtedly stands out. Less attention has been devoted to those deported for political reasons, and even less to women deportees—especially in the French context. This article recovers and presents one such account, never before translated or republished. It is the analysis offered by Marinette Dambuyant (1907–2001), a professor of philosophy and disciple of the psychologist Ignace Meyerson, upon her return from the Ravensbrück camp. She delivered this reflection to the Society of Psychological Studies in Toulouse, during a seminar devoted to “ruptures in life” held in March 1946. The aim of this introduction is to contextualize this episode of deportation and the analysis she provides of her lived experience in the camps, within her own biographical and intellectual trajectory, which was closely linked at that time to Meyerson's.

Introducción biográfica: La experiencia de Marinette Dambuyant en su deportación a Ravensbrück (1944–1945).

Marinette Dambuyant (1907–2001) fue una de las colaboradoras más importantes, también la menos conocida, del psicólogo Ignace

Meyerson, con quien mantuvo una compleja relación intelectual y afectiva (Pizarroso, 2019). Profesora de filosofía en el instituto femenino Hélène Boucher, en París, donde permanecería durante la Ocupación alemana mientras este vivía refugiado en Toulouse, Dambuyant fue detenida en noviembre de 1943 por la Gestapo por

Correspondencia Noemí Pizarroso López: npizarroso@psi.uned.es

ISSN: 2445-0928 DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2025a12>

© 2025 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

Para citar este artículo/ To cite this article:

Cómo citar: Pizarroso, N. (2025) Versión española e Introducción de *Apuntes sobre el yo en la deportación*, de Marinette Dambuyant. *Revista de Historia de la Psicología*, 46(2), 68–81. Doi: [10.5093/rhp2025a12](https://doi.org/10.5093/rhp2025a12)

Vínculo al artículo/Link to this article:

DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2025a12>

su participación en la Resistencia interior francesa. Tras varios meses en prisión fue deportada como prisionera política a Ravensbrück, principal campo de concentración para mujeres del nazismo, desde donde sería trasladada a sucesivos campos de trabajo. Poco después de su regreso, Dambuyant analizó su experiencia durante su encierro, tanto en la cárcel como en el entramado concentracionario, ante la Société d'Études Psychologiques de Toulouse, fundada por Meyerson durante la guerra, en unas jornadas sobre las "rupturas de la vida".

Presentamos aquí, traducido al castellano (Anexo 1), el artículo que publicó ese mismo año, en el *Journal de Psychologie Normale et Pathologique*¹, a partir de su intervención en estas jornadas, en la que Dambuyant agrega al análisis de su propia vivencia casos de otras muchas compañeras. Su artículo forma parte por tanto del ingente corpus de testimonios que la experiencia en los campos de concentración nazi desencadenó desde un primer momento, en el que junto a la obra ineludible de Primo Levi (*Si esto es un hombre*, 1947), cabe destacar en el ámbito francófono los de Jorge Semprún, Robert Antelme, David Rousset o Elie Wiesel. Contrariamente a la creencia popular, como ha señalado Wieviorka (1998), los deportados estaban desde su regreso ansiosos por escribir sobre lo que habían vivido.

El objetivo de esta traducción no es sino recuperar este relato de Marinette Dambuyant, nunca reeditado ni traducido, como parte de esa primera oleada de escritos en primera persona². Dentro de esa literatura de testimonio, el caso de Dambuyant ilustra además un tipo particular de deportación al que, como señala Margaret-Anne Hutton (2005), se ha prestado menos atención, la que afectó a presos políticos y especialmente al caso de las mujeres³. El texto de Dambuyant, escapado al escaneo de la propia Hutton (2005), quien ha estudiado más de un centenar de testimonios de francesas deportadas, añade sobre todo la particularidad, nada desdeñable, de presentarse como un análisis psicológico de la persona a partir de esa experiencia.

Su relato, en efecto, no pretende ser solo un testimonio propiamente dicho de su reclusión. No busca tanto dar cuenta de los hechos ocurridos ni probar su veracidad, como analizar sus efectos en la experiencia de sí. Vertebrado fundamentalmente en torno a sus propias vivencias, el relato de Dambuyant recoge también los casos y experiencias de muchas otras compañeras, con lo que ilustra y refuerza su análisis. A este respecto, aclara, tampoco pretende exactamente contribuir a una psicología de la deportación, sino utilizar este caso de excepcionalidad para esclarecer una psicología general de la persona, apuntando a las continuidades, rupturas y posibles transformaciones del yo.

Mi propósito en esta introducción, antes de dar paso al texto de Dambuyant, es situar este episodio de la deportación y el análisis que hace de él en su propia trayectoria biográfica e intelectual, estrechamente ligada en ese periodo a la de Meyerson.

Nacida el 15 de septiembre de 1907 en Vienne (Isère), Dambuyant estudió Filosofía en la Sorbona, donde tuvo como profesor de psicología general a Meyerson. Gracias a la herencia de su padre, fallecido poco después de su licenciatura, en 1928, disfrutó desde joven de una independencia económica poco frecuente para una mujer de la época. Comprometida en diversas causas, como la organización de campamentos para niños sin recursos y la financiación de albergues juveniles, compaginó su activismo con la continuación de sus estudios, con un certificado en biología y un DEA (Diploma de Estudios Avanzados) en filosofía, antes de conseguir la agregación en filosofía en 1934. A partir de entonces, Dambuyant orientó su carrera profesional a la docencia, tarea que ejerció en los liceos femeninos de Grenoble y Dijon, antes de instalarse definitivamente en París, en el liceo Hélène Boucher, donde sus alumnas desarrollarían "un verdadero culto" hacia ella (Arasa, 2013).

Fiel colaboradora de Meyerson desde sus tiempos de estudiante, como revisora de libros para el *Journal de Psychologie*, desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial pasó a funcionar como su mano derecha en París. Meyerson, refugiado desde septiembre de 1940 en Toulouse, delegó en ella buena parte de las gestiones relativas a la revista (mientras se siguió publicando) y a sus nuevos, aunque frustrados, proyectos de publicación, como las actas del primer coloquio que organizó en la Sociedad de Estudios Psicológicos de Toulouse, sobre El trabajo y las técnicas, en junio de 1941⁴. Dambuyant compaginaba así su docencia en el instituto con múltiples gestiones y visitas a personalidades como Marcel Mauss, Lucien Febvre o André Lalande. Paralelamente, en línea con su compromiso previo a la guerra con el Comité de vigilancia de intelectuales antifascistas y la ayuda a refugiados españoles, en 1942 se involucró en una red de apoyo para esconder y proteger a niños de familias judías (en colaboración con Denise Milhaud y Mme Pesson-Depret), antes de entrar formalmente en la Resistencia.

En su abundante correspondencia con Meyerson en ese periodo encontramos algunas pistas al respecto. En marzo de 1943, por ejemplo, se muestra orgullosa de sus colegas: "Mi instituto es actualmente un instituto que está muy bien, en el que muchas compañeras, de las que no cabía esperar tanto, están haciendo lo que hay que hacer". Tratando de quitar importancia a su colaboración, la resume como "recoger dinero de la gente, encontrar una palangana para una interna que no puede lavar su ropa", "buscar y pasar información, reunir a gente y cosas por el estilo" (24 marzo 1943). Poco después, ante la inquietud paternalista de Meyerson, admite haber acogido a alguien que salía de uno de los principales centros de detención en París: "[...] a las seis en punto suena el timbre y obviamente abro la puerta; afortunadamente, de hecho; si alguien sale de Drancy y viene a la única dirección que conoce en París, no se puede hacer otra cosa que darle de comer e intentar acogerlo" (12 de abril de 1943).

Según su dossier de resistente, Dambuyant entró en febrero de 1943, por mediación de una compañera de su instituto⁵, en el

¹ Publicado por cortesía de HUMENSIS

² Una segunda oleada habría tenido lugar a partir de los años 1960', con el juicio a Eichmann, de autoría mayoritariamente judía, así como a partir de los años 1980', como respuesta a los primeros visos negacionistas (Hutton, 2005).

³ Este vacío está siendo compensado en los últimos años con trabajos como el de Christine Bard (2008), Claire Andrieu (2008), Philippe Mezzasalma (2019) o Thomas Fontaine (2019).

⁴ Coloquio reeditado en 2019 por Isabelle Gourné, *Les sciences sociales face à Vichy. Le colloque Travail et Techniques de 1941*. Paris, Classiques Garnier.

⁵ Marie-Thérèse Chauvin, profesora de letras. Muchas otras docentes del mismo instituto estuvieron involucradas en la Resistencia, en diversos grupos, con el discreto apoyo de su directora, Louise Fontaine (Arasa, 2013).

movimiento denominado “Isolée”, donde operaba bajo el pseudónimo de Cigale⁶. Su actividad consistió fundamentalmente en alojar a un aviador americano (febrero de 1943, enviado por Mlle Chauvin), un refugiado austriaco (entre marzo y abril de 1943) y un prisionero ruso fugado (noviembre de 1943, enviado por Mlle. Jacqueline Prévost), además de haber prestado su apartamento a alguien que trabajaba para el periódico *Défense de la France*.

En Toulouse, por su parte, Meyerson se había involucrado, junto a otro antiguo estudiante, Jean Pierre Vernant, en la resistencia que se había organizado en la ciudad, en torno al Instituto Católico (Duffau, *en prensa*). Meyerson se ocupaba fundamentalmente del Boletín que la Armada Secreta distribuía entre sus combatientes (Cardinaud, *en prensa*). Paralelamente, desde su expulsión de la universidad, apenas llegado a la ciudad, por las leyes de Vichy, ocupaba su tiempo en una historia de la voluntad⁷. Tratándose de un proyecto que convergía plenamente con la historia de las categorías en la que venía trabajando Marcel Mauss, Meyerson trató de involucrarle, compartiendo metódicamente con él sus lecturas y preguntas. Ante la incapacidad, física, por el frío y el dolor, de este para responder a sus cartas, sería Dambuyant la encargada de transmitirle sus comentarios y sugerencias en una interesante relación triangular (Pizarroso, *en prensa*).

Meyerson dependía en buena medida de Dambuyant y de sus posibilidades de acción en París, incluyendo no solo visitas sino revisiones bibliográficas (con múltiples resúmenes y notas de lectura) en relación con su proyecto para una historia o genética de la voluntad⁸. La dependencia, tanto intelectual como afectiva, iba en aumento, sobre todo desde su separación, en 1942, de su mujer (Marie-Hélène Latrilhe, amiga y colega a su vez de Dambuyant). Ante su insistente reclamo y pese a las dificultades que el viaje implicaba, Dambuyant realizaría sucesivos desplazamientos a Toulouse, coincidiendo con sus vacaciones escolares. Entregada al proyecto de Meyerson, al que se llegó a referir después del verano de 1943 como “nuestro trabajo”, esta fue adoptando un papel cada vez más activo en él, seleccionando ella misma las lecturas que podían serles útiles y descartando las que no.

En paralelo, Dambuyant intentaba trabajar “para sí misma”, cuando todas las demás obligaciones se lo permitían. En 1941-42 se matriculó en la facultad de letras en un certificado de Sociología, antes de adentrarse en el estudio del budismo en el verano de 1942. Dambuyant daba así rienda suelta a un interés por la India que se había manifestado muchos años atrás, en relación con sus tendencias pacifistas y bajo la influencia de Romain Rolland. Su trabajo en este ámbito, sin embargo, tampoco era ajeno al de Meyerson, como ella misma se encargaría de recordarle. En sus primeras lecturas sobre budismo, a partir de la obra del filólogo belga La Vallée Poussin,

intentaba precisamente captar la distinción entre acto e intención, en relación con algunos de los interrogantes que abría la historia de la voluntad. Con el firme propósito de formarse en el ámbito del pensamiento y civilización de la India antigua, Dambuyant se planteó, a la vuelta del verano de 1943, empezar a estudiar sánscrito: “No he visto ningún curso para principiantes en la lista, pero los miércoles y jueves por la tarde hay explicación de textos védicos a cargo de Renou⁹. Iré la semana que viene para ver cuándo empieza”, le escribía el 7 de noviembre de 1943.

Una semana después, sin embargo, en un contexto de radicalización de la lucha contra la Resistencia, dos agentes de la Gestapo la detuvieron y arrestaron en su casa, interrumpiendo todos sus planes. Pasó los siguientes nueve meses en la prisión de Fresnes, donde a juzgar por su relato sobre la soledad y el dolor, el aislamiento y la tortura debieron ser prácticas habituales. Dambuyant permaneció allí hasta primeros de agosto de 1944, a escasas semanas de la liberación de París, cuando fue trasladada al centro de tránsito de Romainville¹⁰, desde donde sería deportada a Alemania.

Este tipo de deportaciones se venían realizando desde el inicio de la Ocupación, pero la necesidad alemana de mano de obra para la guerra y la creciente represión, las aceleraron de forma significativa a partir de 1943. Ampliando el radar desde las militantes comunistas a miembros de la resistencia, pero también a presas comunes y prostitutas, la deportación de mujeres se incrementó exponencialmente durante ese año, con el envío de frecuentes convoys, varios de ellos masivos, a Ravensbruck¹¹. A partir de junio, además, con el desembarco de Normandía y la liberación de las primeras ciudades francesas, el ejército alemán se apresuró a vaciar sus centros de detención transportando masivamente a sus prisioneros (ver Fontaine, 2019). La deportación de nuestra protagonista, el 8 de agosto, en un convoy de 30 mujeres, se produjo en ese contexto. Durante su traslado, Dambuyant consiguió dejar caer una nota en la estación de Gagny, a las afueras de la capital. En ella pedía a la persona que la encontrara que tuviera la amabilidad de enviársela a Meyerson, en nombre de una prisionera política.

“Todo va muy bien. Salí de Fresnes el 3 de agosto y desde entonces estoy en Romainville, donde es como vivir en un castillo. Normalmente estamos aquí poco tiempo, antes de que nos lleven a otro campo. De todos modos, no hay de qué preocuparse por mí. Mi salud es muy buena y mi ánimo aún mejor porque estamos al corriente de las últimas noticias. Aunque tenga que quedarme en otro sitio, estoy preparada. Me gustaría no tener que preocuparme por mis amigos más que ellos por mí. Pienso mucho en todos; en todas partes se puede vivir con esperanza y encontrar gente maravillosa. Envío a todos mis amigos mi más cálido afecto. Marinette (8 agosto : salgo para Alsacia)” (7 agosto de 1944, Archivos Ignace Meyerson, 19920046/49).

⁶ Dossier de resistente. Cote GR 16P 155569; Service historique de la Défense, Centre historique des archives.

⁷ Sobre dos manuscritos relacionados con este proyecto, ver Vernant (1996).

⁸ En una lista de recados que debía realizar antes de su viaje en verano de 1943, le recordaba a Meyerson la lista de lecturas que tenía en curso en la Bibliothèque Nationale para él (Jane Ellen Harrison, Georges Davy, Martin P. Nilsson), y la necesidad de terminarlas antes de iniciar otras nuevas. Se oponía así a la pretensión de Meyerson de que leyera también los libros de Georges Dumézil antes de su siguiente visita a Toulouse (Pizarroso, *en prensa*).

⁹ Louis Renou (1896-1966) era profesor de sánscrito en la Escuela Práctica de Altos Estudios (EPHE) y en la Sorbona, donde dirigía el Instituto de Civilización India.

¹⁰ Desde finales de 1943, este campo de tránsito se había convertido en el centro de partida de mujeres en la región de París. El centro de partida para hombres era el de Compiègne (Fontaine, 2019).

¹¹ En total, fueron unos 63000 prisioneros los deportados franceses de carácter político a los campos nazis, de los cuales aproximadamente un 10% eran mujeres (Fontaine, 2019).

Meyerson, por su parte, vivía desde hacía meses escondido en Gers, en las afueras de Toulouse. Poco después de la detención de Dambuyant, él tuvo la suerte de escapar a la suya, pero tuvo que pasar a vivir en la más absoluta clandestinidad.

Mientras la nota llegaba a Toulouse, muy cerca ya de su liberación, el 19 de agosto de 1944, Dambuyant llegaba al campo de Sarrebrück, desde donde fue trasladada a Ravensbrück. Su llegada a este campo, el 26 de agosto de 1943, como desarrolla en su texto, fue sin duda lo más impactante de todo su encierro, a pesar de la brevedad de la estancia. Desde ahí, fue pasando de campo en campo de trabajo.

Como expone Strebel (2005) en su minucioso estudio sobre Ravensbrück¹², este contaba con toda una red de campos satélites, a veces muy alejados y cada vez más vinculados a los campos masculinos, incluido Buchenwald. La mayoría de las deportadas francesas, como sus compañeros varones, fueron inmediatamente utilizadas como mano de obra en los Kommandos, a disposición de empresas estratégicas alemanas, que no podían ser sino cómplices del sistema. Dambuyant estuvo en los de Torgau (del 8 septiembre al 5 octubre), Abterode (cerca de Eisenach, del 7 de octubre al 8 de febrero) y Markkleeberg (Leipzig, del 12 de febrero al 13 de abril).

En abril de 1945, ante el imparable avance de las tropas aliadas, los nazis empezaron a despejar los campos de trabajo mediante las llamadas marchas de evacuación final. Junto a cinco compañeras, Dambuyant huyó de la marcha diez días después, el 22 de abril, y se refugió en el pueblo de Hartha, cerca de Dresde, liberado por la capitulación de Alemania el 8 de mayo. El 24 de mayo pudo al fin regresar a París en un tren desde Leipzig.

Al día siguiente, anunciaba su llegada en un telegrama: "Repatriada hoy de Ravensbrück. ¿Iré yo a Toulouse o vendrás tú? Preferiría quedarme en París quince días. Con todo mi afecto. Dambuyant." (25-5-45). Meyerson no tardaría en viajar a París para reencontrarse con ella. Para entonces, él ya se había reincorporado a la universidad de Toulouse y regresado ya definitivamente a la vida civil. Dambuyant, por su parte, deseosa de volver a la cotidianeidad, no tardó en recuperar los planes que su detención había truncado. "Acabo de volver a abrir la gramática de sánscrito", escribía ya el 17 de julio de 1945. Es más, a su regreso tomó la determinación de dejar de lado la docencia para dedicarse en exclusiva a la investigación. Solicitó entonces una licencia de estudios con vistas a formarse en el pensamiento indio y preparar una tesis doctoral.

Dambuyant retomó así una vida a caballo entre París y Toulouse, no exenta de tensiones. Sin ella, Meyerson se mostraba incapaz de retomar su investigación sobre la voluntad, que tenía abandonada desde su desaparición. Mientras, ella trataba de hacerle entender que tenía sus propios proyectos y compromisos en París, donde había empezado a su propia formación como investigadora en el CNRS y pretendía seguir los cursos de Masson Oursel, Louis Renou, Jean Filliozat, Paul Mus y Anne-Marie Esnoul¹³.

En Toulouse, Meyerson contaba también con ella para poner en marcha un Instituto de Psicología con el que ofrecer a los estudiantes una formación complementaria. Jean Pierre Vernant se ocuparía de la psicología aplicada, Maxime Chastaing, antiguo alumno suyo de la Sorbona, de la psicología infantil, y Dambuyant, de la psicología comparada y en particular de cuestiones sobre el pensamiento indio¹⁴.

Dambuyant, en todo caso, no estaba en condiciones de asumir tanta carga de trabajo. Desde septiembre, había empezado a realizar una serie de estancias de reposo en montaña, en parte para paliar los efectos que la experiencia vivida en los campos había dejado en su salud, como agotamiento, insomnio o pérdidas de memoria.

Respecto de su experiencia en el campo, desde su regreso, Dambuyant había dejado ver la intención de empezar a escribir unas memorias¹⁵. Así lo estaban haciendo ya muchas otras compañeras, como Germaine Tillion, antropóloga, que publicó las suyas en 1946, en un libro titulado sencillamente *Ravensbrück* en el que recopilaba los testimonios de otras doce supervivientes (Geneviève de Gaulle entre ellas).

La ocasión para Dambuyant de sistematizar su relato se presentaría nuevamente al servicio de otro de los proyectos de Meyerson en Toulouse: la primera jornada organizada en la Sociedad de Estudios Psicológicos de Toulouse después de la guerra, sobre la *Psicología de las rupturas de la vida: cautiverio y deportación*. Celebrada el 22 de marzo de 1946, en ella participarían Dambuyant y Chastaing, prisionero durante toda la guerra. Su intervención sería publicada ese mismo año en el *Journal de Psychologie*.

Con la sobriedad característica de este tipo de testimonios, sin asomo de victimismo ni de ira (Hutton, 2005), sin referencia tampoco a forma alguna de trauma, Dambuyant desarrolla en primer lugar todo aquello que tiene que ver con la experiencia de ruptura (desde la separación que se produce del mundo y casi del propio cuerpo en el aislamiento de la celda, hasta el encuentro con el Infierno, el Absurdo, al llegar a Ravensbrück, donde hasta la muerte carecerá de sentido), para después pasar a detallar aquello que parece funcionar como salvaguarda de cierta continuidad (el trabajo, el encuentro con otros prisioneros, las muestras de ayuda, nuestras convicciones...), para terminar planteándose la posible transformación de la persona a través de una experiencia tan radical.

Los muchos temas que abarca van desde la propia vergüenza que muchas sienten, ella incluida, a la hora de hablar de su vida en los campos, de cuya maldad se sentían contaminadas, hasta la arbitrariedad de las selecciones, el espectáculo de los jardines o los desfiles perfectamente formados frente a la miseria y deshumanización impuesta; el sinsentido de las órdenes; la farsa del trabajo, interpretada por internas y guardianes ante la falta de material, por ejemplo; o la irrelevancia del dolor físico, de la tortura al hambre o el frío, en contraste con todo ese absurdo, que lleva a una

¹² Por él pasaron 123.000 detenidas entre 1939 à 1945, de diversas nacionalidades y categorías, desde testigos de Jehová, judías, gitanas, miembros de la Resistencia o prisioneras de guerra (principalmente soviéticas), hasta "asociales" y presas comunes (Strebel, 2005).

¹³ "Por favor, no te enfades conmigo. Recuerda que durante mucho tiempo, desde que volví, he estado esperando – era esencial para mí- que empezaras a trabajar, que mi presencia dejara de ser un problema. No quiero afligirme ni pensar en ello;

siempre hemos sabido que no llegaría antes de que empezaras tu curso, porque tenía que asistir a las primeras conferencias de la Sorbona. Pensemos que tenemos el año por delante, algo de descanso a nuestras espaldas y unas ganas descomunales de trabajar". (12 de noviembre de 1945)

¹⁴ Borrador de un proyecto de notas biográficas, 19920046/1.

¹⁵ "Si tengo tiempo y valor, escribiré unas memorias" (7 de julio de 1945); "Hoy he escrito un pequeño fragmento de memorias sobre Sarrebrück; nada que no sepas." (17 julio 1945).

inmensa soledad. Dambuyant también apunta a la dificultad de las relaciones sociales en ese contexto, incluyendo la delgada línea entre la amistad y la promiscuidad, con la destrucción a la que termina llevando esa imposibilidad para establecer vínculos, con otras, pero también con una misma, con su propio pasado y futuro. Aunque forzado, será precisamente el trabajo uno de los elementos que le permitan cierta reconstrucción y recuperación.

Sus desarrollos sobre la persona y su carácter prioritariamente social, en parte influidos por el movimiento personalista, recogen reflexiones sobre la tendencia a interpretar ciertos personajes (como hacerse el héroe), el cambio radical de actitud y personalidad que puede llegar a suponer un cambio de situación, como el traslado a otro campo, o el papel de los modelos internos para garantizarnos una cierta fidelidad a nosotros mismos, disolviendo en cierto modo la distinción, solo aparente, entre persona y personaje.

Dambuyant revisó la redacción de su texto ese mismo verano, en compañía de Meyerson, quien venía trabajando sobre la persona en sus cursos desde hacía años y que sin duda debió jugar algún papel en la prioridad dada a esta aproximación, desde una psicología de la persona, en el texto¹⁶.

Durante esas vacaciones, en Pirineos, trabajaron juntos también en otro artículo, firmado esta vez por los dos. Se trataba de un análisis del discurso, a partir de noticias y discursos políticos del momento, que mostraba la presencia de un tipo de razonamiento, al que denominan de “caldero”¹⁷, usado como una forma de justificación que no revelaba sino sentimientos de culpa y arrepentimiento (Dambuyant y Meyerson, 1946).

Este trabajo conjunto se dio ya, no obstante, en un clima de creciente tensión que llevó a Dambuyant a poner fin definitivamente, para desesperación de Meyerson, a su relación afectiva. Fue precisamente en medio de esa difícil ruptura cuando a él se le presentó la oportunidad de volver a París, optando a una plaza en la Sorbona para la que necesitaba el título de doctor. Aparcando sus diferencias, pero manteniendo firmes distancias en el plano afectivo, Dambuyant se puso una vez más a su servicio (entre octubre de 1946 y mayo de 1947). Meyerson pudo así escribir su tesis, *Les fonctions psychologiques et les oeuvres*, manifiesto fundacional de la psicología histórica y único libro que publicó en su vida.

Dambuyant podía al fin entregarse a su anhelada formación, pero con un gran inconveniente: Meyerson era su director y el clima entre ellos de constante fricción. Tras muchos desencuentros y titubeos, en 1952, coincidiendo con el regreso de Meyerson a París, Dambuyant decidió abandonar de una vez por todas la que se había dibujado como una prometedora carrera académica. Retomó entonces la enseñanza, pero sin dejar de investigar en sus ámbitos de interés, donde se convirtió en una autoridad, ni de publicar sus resultados, a su ritmo y en buena medida al margen de la academia. Aunque el

trabajo que recoge el núcleo de su proyecto de tesis, sobre la historia de la voluntad en la India, lo publicó en la *Revue Philosophique* (Dambuyant, 1959), la mayoría de sus artículos y reseñas aparecieron en *La Pensée*, revista vinculada al Partido Comunista Francés, al que se afilió después de la guerra.

En 1965, ya jubilada, Dambuyant volvió a escribir sobre su experiencia en Ravensbrück, en un segundo relato, esta vez colectivo (*Les Françaises à Ravensbrück*, 1965). La voz de Dambuyant se integraba aquí en el coro de l'Amicale de Ravensbrück y la ADIR (Asociación de deportadas y prisioneras de la Resistencia), a cuyas reuniones venía asistiendo desde su constitución, en noviembre de 1945¹⁸. Este libro colectivo, además de sistematizar toda una investigación sobre la historia del campo, las deportaciones realizadas, convoy por convoy, desde Francia, y los múltiples testimonios que su boletín, *Voix et Visages*, había venido publicando desde su fundación, añadía, con la perspectiva temporal que ofrecían los veinte años transcurridos, un análisis de lo vivido por las deportadas a su regreso, a un entorno familiar y social que, en muchos casos, ya las había dado por desaparecidas. A pesar de la fuerte marca de género de la publicación, este testimonio colectivo, como el suyo individual anterior, “no presenta ninguna expresión explícita de conciencia de género”. Como explica Christine Bard (2008, p. 14), esto era algo poco esperable en la época. A pesar de haber conseguido el sufragio universal en 1944 (justificado en parte por la participación de las mujeres en la Resistencia), el feminismo no se encontraba en su punto más álgido, sino todo lo contrario: las normas de género y los papeles sociales asignados a cada sexo más bien habían venido a confirmarse (Bard, 2008). El hecho de que la ADIR fuera una asociación no mixta, en todo caso, como aclara Bard, historiadora especialista en género, no debe interpretarse simplemente como un rasgo retrógrado de la organización. Esta ausencia de mixticidad ofrecía un espacio en el que les resultaba más fácil expresarse, pensar y actuar. “Numerosos estudios sobre la historia de las mujeres en el siglo XX dan prueba de ello, al igual que los testimonios de sus protagonistas, de todas las tendencias políticas y filosóficas” (Bard, 2008, p. 14).

La misma Dambuyant así se lo había hecho ver a Meyerson durante la redacción final de su texto, con respecto a uno de los testimonios en los que se había basado en su artículo de 1946: “La estás juzgando un poco mal porque la has ofendido al interrogarle de forma demasiado directa por esos estados y al dudar de ellos de forma más que evidente: Son asuntos íntimos para ella, y no estaba dispuesta a contárselo todo descarnadamente a un desconocido cuya actitud era además la de polemizar al respecto.” (12 septiembre 1946). No en vano, muchas de las mujeres que aportaron sus testimonios en el posterior libro colectivo, prefirieron permanecer en el anonimato.

¹⁶ En la versión final, ultimada ya de regreso en París, Dambuyant se abría a la posibilidad de sustituir en el título “moi” por “personne” (12 septembre 1946).

¹⁷ Lo denominan “raisonnement de chaudron”, en alusión a un caso relatado por Freud en *La Interpretación de los sueños*, retomado en *El chiste y su relación con el inconsciente*, en que un vecino le devuelve a otro, en mal estado, un caldero que le había prestado. Cuando se lo devuelve, el vecino empieza por negar su mal estado para, seguidamente después, afirmar, en clara contradicción con lo anterior, que el caldero ya estaba estropeado.

¹⁸ La ADIR (Asociación Nacional de Deportadas e Internas de la Resistencia), celebró su asamblea constitutiva en noviembre de 1945, a la que Dambuyant asistió: “Se trata de ayuda mutua, y las mujeres que lo dirigen parecen llevarlo bastante bien; hemos elegido un consejo de administración en el que figuran, por supuesto, Geneviève de Gaulle y Marie-Claude Vaillant Couturier, además de algunas otras. Me alegré reencontrarme con algunas de mis camaradas, Hélène La Jeunesse, Bluette, la amiga de Pradines, Ariane, una de las alumnas de Marie-Hélène, Renée, mi amiga de la escuela, Kati y su madre, y otras.” (carta a Ignace Meyerson, 5 de noviembre 1945)

Buscando su propio espacio de libertad, Dambuyant había necesitado también alejarse de Meyerson. Sólo quince años después, en 1965, ya jubilada (anticipadamente, en parte por problemas de salud derivados de su deportación¹⁹), reanudaron, a petición de Meyerson, el contacto y la colaboración. Desde otro lugar y posición, sin exigencias ni subordinación, Dambuyant volvió entonces al *Journal de Psychologie Normale et Pathologique*, en cuyas páginas se puede seguir su incansable actividad intelectual.

Marinette Dambuyant falleció el 23 de noviembre de 2001 en Rang du Fliers (Pas de Calais), a la edad de 94 años.

Referencias

- Archives d'Ignace Meyerson, 19920046 1 à 67, Archives nationales.
- Amicale de Ravensbrück et l'Association des Déportées et Internées de la Résistance (1965). *Les françaises à Ravensbrück*. París: Gallimard.
- Andrieu, C. (2008). Réflexions sur la résistance à travers l'exemple des Françaises à Ravensbrück. *Histoire@Politique*, 5 (2), 3-3. <https://doi.org/10.3917/hp.005.0003>.
- Arasa, Y., 2013, *L'école des femmes. Victor-Hugo et Hélène-Boucher, deux lycées parisiens (1895-1945)*. Paris: L'Harmattan.
- Bard, C. (2008). L'histoire des femmes au défi de la déportation. *Histoire@Politique*, 5(2), 2-2. <https://doi.org/10.3917/hp.005.0002>.
- Cardinaud, J. (en prensa). Le parcours toulousain d'Ignace Meyerson entre engagements intellectuels et politiques (1940-1946). En Bruno Fondeville, Ania Beaumatin et Jean-Yves Rochex (éds.). *Ignace Meyerson. Un universitaire à Toulouse (1940-1951)*. Presses Universitaires du Midi.
- Dambuyant, M. (1946). Remarques sur le moi dans la déportation. *Journal de psychologie normale et pathologique*, 39, 181-203.
- Dambuyant, M. & Meyerson, I. (1946). Un type de raisonnement de justification. *Journal de Psychologie Normale et Pathologique*, 39, 384-404.
- Dambuyant, M. (1959). Approches de l'idée de volonté dans l'Inde ancienne. *Revue philosophique de la France et de l'étranger*, 149, 1-20.
- Duffau, M.-Th. (en prensa). Un réseau de Résistance intellectuelle au cœur de l'Institut Catholique de Toulouse. En Bruno Fondeville, Ania Beaumatin et Jean-Yves Rochex (éds.). *Ignace Meyerson. Un universitaire à Toulouse (1940-1951)*. Presses Universitaires du Midi.
- Fontaine, T. (2019). Femmes et déportations de France. En Philippe Mezzasalma (ed.), *Femmes en déportation* (pp. 29-50). Presses universitaires de Paris Nanterre. <https://doi.org/10.4000/books.pupo.11850>.
- Gouarné, I. (2019). *Les sciences sociales face à Vichy. Le colloque Travail et Techniques de 1941*. Paris: Classiques Garnier.
- Hutton, M. (2005). *Testimony from the Nazi Camps. French women's voices*. Routledge.
- Mezzasalma, Ph. (éd.) (2019). *Femmes en déportation*. Presses universitaires de Paris Nanterre.
- Pizarroso, N. (2019). La carrière de Marinette Dambuyant, professeure de philosophie, psychologue et indianiste dans l'ombre d'Ignace Meyerson. *Revue d'histoire des sciences humaines*, 35, 151-181.
- Pizarroso, N. (en prensa). Les conditions de production de la thèse de Ignace Meyerson. En Bruno Fondeville, Ania Beaumatin et Jean-Yves Rochex (éds.). *Ignace Meyerson. Un universitaire à Toulouse (1940-1951)*. Presses Universitaires du Midi.
- Strebel, B.(2005). *Ravensbrück. Un complexe concentrationnaire*. Traduction française d'Odile Demange, préface de Germaine Tillon, Paris, Fayard.
- Vernant, J.P. (1996). Deux inédits retrouvés dans les archives. In Françoise Parot (éd.), *Pour une psychologie historique* (pp. 47-59). Paris : PUF.

¹⁹ El informe médico asociado a su expediente de jubilación recoge problemas derivados de su estancia en los campos de concentración, en particular una distonía neurovegetativa con problemas intestinales.

Anexo 1

Apuntes sobre el yo en la deportación^{20*21}

Marinette Dambuyant

(Traducción de Noemí Pizarroso López)^{22**}

Las observaciones que siguen no constituyen un relato de cautiverio. Los hechos aquí narrados no se presentan desde una perspectiva histórica sino psicológica, referida al problema del yo. ¿Qué le ocurre a la persona, qué podemos aprender de su continuidad o disociación, qué queda cuando ya no queda casi nada? ¿Cómo se recompone? ¿Hasta qué punto es capaz de reconocerse en experiencias nunca antes vividas ni imaginadas? Un caso de ruptura tan singular debería aportarnos algunas respuestas a estas preguntas. Además, sería útil comparar este relato con otros casos de ruptura vital, como los que provoca una enfermedad grave, un duelo o el ingreso en una orden sagrada. La elección del tema se justifica por la que es siempre nuestra tarea: “transformar la experiencia en conciencia”.

Hay sensaciones que toda persona deportada, como toda persona prisionera, ha experimentado en algún momento, ya sea en el momento de la detención, durante la espera o tras el regreso. Hay otras vinculadas a una situación concreta; también las hay personales. Lo que una persona experimentó en un momento en particular, otra puede haberlo vivido en otro. Para mí, por ejemplo, la cárcel no fue el sufrimiento intolerable que fue para otras personas bien por estar encerradas solas en una celda, por tener un temperamento más activo, o por cualquier otra razón. Mi momento de mayor desconcierto fue la deportación y, si en mi caso este se produjo al inicio, para otras fue el cansancio lo que lo provocó al final. Para poner un poco de orden en las diferencias y semejanzas, tenemos que hacer una descripción bastante precisa de situaciones concretas. Se trata, en todo caso, insisto, de contribuir no a una psicología de la deportación, sino a una psicología de la persona.

En resumen, las circunstancias son las siguientes. Fui prisionera durante un año y medio, que podemos dividir en cuatro períodos muy diferentes en todos los aspectos: nueve meses de prisión, en Fresnes; una deportación que comenzó con un rápido paso por dos grandes campos²³; una estancia después en tres pequeños campos de trabajo²⁴, primero en grupos de 500, luego divididos en dos; trabajo en fábricas y, al final, excavación; por último, a medida que se acercaban los ejércitos aliados, salida por las carreteras y marcha de evacuación (eventualmente hasta la fuga, para mí diez días). Nuestras condiciones de vida – al menos para nuestro último grupo de 250–, comparadas

con las que hemos conocido después, eran de las más soportables. Fue al final cuando se hicieron más duras en lo material. Nuestros guardias eran menos brutales que muchos otros: no vimos matar a nuestros camaradas. Por otra parte, las relaciones sociales en nuestro grupo, que incluía presas comunes y una gran mayoría de mujeres incoherentes, que rivalizaban de forma incesante, eran tan difíciles como en cualquier otro lugar.

Para mí, las sensaciones de una ruptura profunda no coincidieron exactamente con los momentos de ruptura propiamente dichos: la detención o la partida hacia Alemania. En el momento de la detención predominaban en mí preocupaciones de tipo práctico: mi familia, prepararme para el interrogatorio – con un desdoblamiento muy fuerte y la impresión, sobre todo en el momento del intento de fuga, de interpretar un personaje, demasiado clásico, demasiado esperado y bastante ridículo, de novela policíaca –. En cuanto al momento mismo de la partida, tras haber temido estar en otro convoy, prevaleció la alegría de no separarme de mis camaradas más cercanas. Tanto es así que casi por costumbre nos dijimos: nos vamos de Francia, es hora de cantar *La Marsellesa*. Y naturalmente estábamos llenas de ilusiones.

Las dos experiencias de ruptura más violentas, muy diferentes, tuvieron lugar a la llegada a la cárcel y a la llegada al campo de concentración.

Una vez dentro de la prisión, la sensación de que ya no hay nada que hacer resulta hasta cierto punto relajante. Pero en el momento del registro y del primer contacto con las paredes de una celda, sentí la separación, la muerte en el mundo: muy comparable, me pareció entonces, a lo que debe suponer el ingreso en un convento o incluso una anestesia. Cada prenda de ropa que hay que quitarse significa y supone un desgarrar, pero también una liberación. Esa sensación de alivio es tan sutil que, cuando no queda ropa, el “despojamiento”, que no es sólo material, crea una separación con el cuerpo: este se vuelve como un enfermo que pasa de mano en mano, mientras que una misma, reducida a sí, se siente intacta. La sensación de impotencia, en este punto, es más o menos la de un retorno a los elementos: una disolución panteísta como la que implica una anestesia cuando no es total. También hay una impresión de anonimato: mientras que la detención fue como un ataque personal de la Gestapo, en la cárcel estamos ya bajo el imperio de una ley impersonal y distante, ajena a los seres humanos. La idea de que todo el mundo está sometido a esta ley anónima crea una especie de fraternidad inmediata con quienes nos encontramos – en este caso, sobre todo con la guardia que me desnuda- y la necesidad de disculparme por el hecho de que pueda pensar que soy una persona hostil. Todo ello se debe en parte, por supuesto, al parecido que Fresnes ofrece, por el aspecto general de su interior, a un hospital.

Esta experiencia de “muerte” incluye, aunque obviamente muy frágiles, elementos de tranquilidad. No es comparable a la llegada a los campos alemanes: allí, el despojamiento se sentirá simplemente como un robo y un atentado a la dignidad; aquí, en la prisión, es el signo de una renuncia y de un alivio. Sobre todo, la ruptura es diferente: yo muero en el mundo, pero el mundo conserva los mismos valores y

^{20*} Publicación original: Dambuyant, Marinette (1946). *Remarques sur le moi dans la deportación*. *Journal de Psychologie Normale et Pathologique*, 39, 181-203.

Traducción española publicada por cortesía de HUMENSIS

²¹ Conferencia pronunciada en la Société d'Études Psychologiques de Toulouse, durante la Jornada dedicada a las Rupturas de la Vida, 22 de marzo de 1946.

^{22**} Agradezco a José Carlos Loredó su ayuda en la revisión de la traducción.

²³ Sarrebruck y Ravensbruck. *N. del T.*

²⁴ Torgau, Abterode, Markkleeberg. *N. del T.*

el mismo valor. Sigo siendo lo que soy, en cierto sentido incluso lo soy más todavía. La separación se siente como algo accidental, en el sentido de que no destruye a la persona y que, al menos para mí, no supuso nada profundamente desgarrador o deprimente. En aquella época, como ya he dicho, tenía la sensación de estar bien aislada del mundo exterior y a gusto dentro de mí misma: hermética y disponible.

Muy diferente fue la llegada a los campos alemanes. Fue durante esos primeros días cuando le dimos su significado a la palabra *Infierno*: no un lugar donde se sufre personalmente; ni siquiera esencialmente un lugar donde se sufre; casi podríamos decir que ese es el elemento más esperado, el más familiar. Por sí sola, la visión de los cuerpos sufrientes nos provocaría a lo sumo una sensación de anacronismo o de traslación brusca: lo más parecido que habíamos podido imaginar era una muchedumbre china. Pero esto es otra cosa. Nos enfrenta a un mundo infernal, demente, monstruoso y sobre todo *otro*, el “Otro Mundo”. En la medida en que puede analizarse y expresarse, es algo así.

En primer lugar, es un mundo ajeno porque ni el pensamiento ni el esfuerzo tienen asidero en él. Es un mundo “real”, un muro insensible a lo humano, que en consecuencia me repele y me abandona totalmente a mi soledad. Las compañeras que fueron deportadas antes que nosotras y con las que nos encontramos allí, parecían extinguidas, acabadas, aún más vulnerables. Ese mundo está desprovisto de la elasticidad de la vida. Está tan desolado como un paisaje lunar. Un mundo también clausurado, sin recursos, no sólo sin esperanza sino sin posibilidad de interacción. No me refiero al alambre de espino: cuando has pasado varios meses en una celda, una valla que deja pasar el aire y un poco de hierba no se considera un cierre. Lo que quiero decir es que no hay ninguna aportación del exterior, ninguna respuesta a ninguna llamada; que este mundo maldito se reduce a sí mismo. Uno se pierde simplemente por no sentir ninguna reacción al otro lado. Es definitivo, “eterno”, si por ello entendemos aquello donde el tiempo ya no tiene ningún punto de referencia o contenido inteligible, donde incluso cesa la espera²⁵. Es un mundo infinitamente pobre, desprovisto de belleza, desprovisto de amor, inferior a todo valor, profano si se quiere decir así. Sobre todo, es un mundo carente de sentido. Se capta tal o cual absurdo en particular, pero por encima de todo se tiene la impresión de haber encontrado el Absurdo. Se capta ya en el sufrimiento infligido sin que exista siquiera el pretexto de una falta – un absurdo aún más doloroso que la crueldad –. En un campo de represaliados rusos donde nos detuvimos unos días, nos encontramos ante un espectáculo de animales acorralados, de hombres a los que se hacía correr o arrojarse al polvo, de hombres que para volver a sus barracones después de la sopa, se agolpaban y se estrellaban contra las puertas mientras las SS presionaban estas puertas con todas sus fuerzas para cerrarlas, una batalla que sin duda se repetía una y otra vez, perfectamente grotesca en su brutalidad. En ese momento, el horror de estos espectáculos es tan fuerte que, en comparación, la crueldad de la Gestapo al menos parece tener sentido: son personas que hacen un trabajo, que necesitan información y que, aunque la obtengan por los peores medios, al menos tienen un objetivo. Aquí, es algo infrahumano. Toda nuestra situación, aunque más atenuada, nos

dará esta impresión de incoherencia: el hecho de que estemos todas mezcladas, desde mujeres condenadas a muerte a mujeres detenidas por error, pasando por mujeres empleadas por la Gestapo, de que no haya por tanto ninguna proporción – y por tanto ningún vínculo – entre el sufrimiento y una “falta”, mantiene constante la idea de lo absurdo de este sufrimiento. Absurdo también en las órdenes que se nos daban, sin ninguna sustancia, en las innumerables e imprevisibles prohibiciones – esto, en Ravensbrück, especialmente en nuestro bloque de recién llegadas, particularmente agitado y demente, en comparación con el cual los demás parecían educados –. Pero quizá la forma más típica de lo monstruoso sea lo espectacular. La entrada a Ravensbrück pretende ser bonita. Está decorada con flores que reciben más cuidados que las prisioneras. Ver estas flores es en cierto modo más deprimente que ver la miseria. Lo mismo ocurre con el espectáculo que presenciamos a nuestra llegada: los grupos que regresan del trabajo, las prisioneras marchando al paso, pulcramente alineadas, palas al hombro, cantando (en alemán, por cierto, sin que lo entendiéramos). Les siguen las camillas, pero son las primeras filas las que resultan más insoportables de ver. Al principio pensamos que este interminable desfile estaba organizado para impresionarnos, pero la manifestación se repetiría todos los días y eso es lo que tiene de infernal: se trata de un espectáculo sin espectadores. Nos hace dudar de nosotras mismas. Y pronto tenemos que formar parte de él, interpretando un papel sin sentido, aprendiendo el arte de fingir para nadie; en resumen, ser una marioneta. En distintos momentos de nuestra deportación, nuestra situación se parecía más a la de un vagabundo, convicto o títere. Sin duda, jugar a este juego falso es lo que más nos destruye interiormente. Ni siquiera la lógica nos es fiel. Muchas otras veces lo hemos vivido con vergüenza humana y a veces hemos reaccionado con una risita dolorosa; por ejemplo, cuando nos han dado ropa grotesca, asignada al azar, porque ya no había uniformes; o cuando nos han hecho desnudar completamente y todo un rebaño de mujeres desnudas hemos esperado en el patio a que nos revisaran los dientes. Más tarde, y de forma más leve, lo experimentamos cuando tuvimos que trabajar doce horas, más turnos de noche, cuando no nos quedaba trabajo por hacer por falta de materias primas y de transporte. El arte consistía en aparentar que estábamos trabajando cuando nos observaba un supervisor – que no se engañaba, pero cuya función le obligaba a aparentarlo, sobre todo si a su vez le veía un superior, etc.-. Del mismo modo ocurría cuando el director de una fábrica o un comandante tenía que elegir a un número concreto de mujeres de entre un grupo numeroso para algún trabajo en particular: asistíamos a una larga reflexión ante las filas inmóviles, que no era sino un prolongado ejercicio de poder, tras el cual el hombre elegía a cualquiera. Incluso en estas formas menos virulentas del absurdo, la adaptación es imposible. Pero al llegar a Ravensbrück el choque es tan violento que una se siente expulsada del género humano y expulsada de sí misma, con la impresión de que la vida carece de sentido y, por tanto, la muerte también. En otros lugares, nos parece, morir tiene un sentido e implica elementos mitigantes o heroicos y por tanto vigorizantes, o algún tipo de vínculo con lo humano. Aquí es inútil, radicalmente ajena. En otras ocasiones vimos el riesgo de muerte mucho más de cerca, por un bombardeo o por el hambre, por ejemplo, y eso pudo suscitar miedo o tristeza. Pero aquí no es un riesgo personal lo que está en juego; no

²⁵ R. de Pury, en su *Journal de Cellule* (Editions Je sers, 1945, p. 76) también constata, en su soledad, este paso del tiempo desprovisto de todo límite, medida y sentido.

es sólo un sufrimiento que hay que soportar, que puede ser difícil, pero sencillo y aceptable. Se trata de algo tan serio, tan profundo, que en ese momento nada ayuda: ni la convicción, ni la amistad, ni el recuerdo, porque todo eso parece pertenecer a otro mundo, a un mundo humano. La impresión es de soledad absoluta, una soledad en la que una misma deja de ser ella misma, o casi, porque nada de lo que una es resulta utilizable en este otro mundo. Esa soledad se ve reforzada además por la idea de no poder comunicar a nadie la experiencia de estos momentos.

Cabe señalar, no obstante, que incluso en esos momentos la impresión, al menos para mí, es doble. Al mismo tiempo que sentimos la desolación y la más profunda decepción por el ser humano, hay algo que impide que esta soledad y esta desesperación sean del todo absolutas y nos lleven a la locura: la más profunda admiración por el ser humano. Fascinación y sobre todo estupefacción, intensa y duradera, ante el hecho de que este que ahora vemos sea el mismo que ha creado civilizaciones organizadas y obras bellas; de que los seres humanos hayan podido, superándose de forma inconmensurable, hacer todo esto y hacerlo juntos; la imposibilidad de poner juntos a uno con otro, pluralismo que también en esta forma nos relega a la soledad. La cuestión ya había surgido en mi mente durante un interrogatorio, pero era sólo una pregunta: ¿Podría ser que este miembro de la Gestapo y yo seamos el mismo ser? Pero entonces aún me limitaba a preguntármelo de forma optimista: ¿cómo podríamos llegar a descubrir que somos el mismo ser? Seguía teniendo reparos en anular a ese ser humano negándome a confiar en él. Ahora, en el campo, ya no se puede confiar – y al hacerlo nos destruimos a nosotras mismas– porque no vemos ninguna conexión: hay milenios de diferencia, el encuentro humano es de una improbabilidad casi infinita. Y ni siquiera es posible hacer una separación simple y relativamente fácil: ellos, los guardianes, los malos – nosotros, los buenos. Primero porque somos un grupo cuyas reacciones rara vez son honorables. Y segundo por una razón menos superficial: de alguna forma nos sentimos contaminadas por haber entrado en el mundo del mal. Mientras que en la cárcel éramos seres puros, purificados incluso, y había algo de reconfortante, a muchas de nosotras nos dará un poco de vergüenza hablar de los campos.

Otro aspecto del sentimiento de ruptura y soledad es el que se experimenta a la llegada a cada nuevo campamento, tras el examen, cuando una queda reducida a sí misma y a un equipaje que cabe en un pañuelo. Esta igualación impide – aunque sea de forma totalmente provisional – la rivalidad o la ayuda mutua, en definitiva, la sociedad. Ninguna puede ayudar o envidiar a otra; como animales, cada una va por su lado, con sus propias fuerzas, sus propias posibilidades de vivir y morir. Esta lucha solitaria nos separa del pasado, de un mundo humano en el que siempre, en mayor o menor medida, los esfuerzos se suman.

Hay que señalar que, junto a esos momentos en los que se siente una ruptura con el mundo humano, con los demás y con una misma, hay actitudes más activas de ruptura, de instauración de la soledad. Como ya he comentado, el ingreso en prisión para mí implicó una especie de renuncia que consagraba la separación. Esto coincide con otras actitudes, las más de las veces infelices, que expresan un fracaso, un repliegue sobre sí o sobre algo menos que sí: el abandono de la lucha o una actitud defensiva.

En su grado extremo ese abandono es patológico. Constituye un rechazo a vivir o a participar en la vida. Es el caso, por ejemplo, de una compañera que de repente, durante la marcha de evacuación final, cae en un estado de postración en el que se niega a comer, a caminar o a hablar; una actitud que sólo se diferencia del suicidio en que este sigue implicando una afirmación de valor. En todos los campos, sobre todo al final, hemos visto a este tipo de prisioneros que ya no tenían energía para lavarse, para sostenerse, para vivir.

Este rechazo o imposibilidad de participar en la vida de los demás lo sentí sobre todo al llegar a Ravensbrück. Cuando nos encontramos allí con nuestras compañeras, heridas y cansadas, sabíamos que nos correspondía a nosotras, todavía más cerca de la vida, despertarlas. Pero había una barrera, una incapacidad de dar y hasta de sonreír: guardábamos todas las fuerzas disponibles para resistir a la desesperación. En menor medida, más tarde, la aversión a la pelea llevó también en algunos casos a renunciar a la rivalidad, y a la vez – porque en las condiciones en que nos encontrábamos, iba inevitablemente unida– a la cooperación social; una actitud de repliegue: honesta y asocial.

El siguiente caso es bastante curioso como actitud de autodefensa frente a las intromisiones ajenas. Una joven se lesionó y tuvo que pedir ayuda a una amiga para comer y lavarse. Pero desde el día en que esta amiga, con la que previamente había mantenido una relación de confianza, empezó a cuidarla, mostró hacia ella una marcada frialdad. Ahora tenía por un lado a su enfermera y por otro a sus amigas, a las que no pedía favores, con las que preservaba un intercambio libre e igualitario. La compañera-enfermera, con la que dormía, era como el caballo que nos trae el carro para cargarlo y en el que nos apoyamos para calentarnos la espalda. Junto a otras razones, el miedo a que se aprovechara de las circunstancias para creerse con derecho sobre ella le llevó a una actitud que en definitiva desempeñaba el mismo papel que el disimulo. A todas nos ocurría algo parecido: esta solidaridad material, falsa, con la que tan incómodas estábamos, o bien nos llevaba a una soledad desoladora, o bien nos incitaba a protegernos: la promiscuidad no es amistad. Pero hay ahí al menos tanta autoprotección como ruptura. No es tanto un empobrecimiento como una necesidad de aclaración que requiere de una evaluación precisa. Nos acercamos así ya a la cuestión de la continuación o el esfuerzo por continuar. Pero, antes de examinar otros casos, conviene resumir lo que significa la ruptura para la persona.

Un aspecto importante de la ruptura es la soledad. Pero esta palabra la estamos utilizando, como se habrá visto, en sentidos muy diferentes.

Está por un lado el aislamiento. Este da lugar a sentimientos y resultados diferentes según las condiciones en que se produzca (la más importante quizá sea la de disponer o no de bolígrafo y papel), según su duración, según la persona y lo que lleva consigo en su celda. El aislamiento puede producir desde una purificación del yo que se encuentra o se vuelve a encontrar consigo mismo, hasta el desgarramiento violento, pasando por un esfuerzo desesperado por no perderse o el suicidio. Hay una urgente necesidad de presencia, ya sea de cualquier cosa exterior en la que fijar el pensamiento o de una presencia

determinada. Es una vida de recuerdos que pronto se desvanecen por sí solos, una espera que pronto se vuelve insoportable, la alternancia entre la esperanza y el abandono, la concentración y la nada. Otros lo han descrito bien y yo no lo he experimentado: doble motivo para no hablar de ello. Compañeras que estuvieron encerradas solas en Fresnes parecen haber vivido, más que soledad, una vida social infinitamente reducida; el día se llenaba con las pocas palabras de una vigilante, con algunas comunicaciones clandestinas con las vecinas, largamente esperadas y muchas veces repetidas, con algunas pseudoactividades y con canciones. Bajo esta forma, por muy dolorosa que pudiera ser, no me parece – esto, por supuesto, con todas las reservas y suponiendo que la comparación tenga algún sentido- que esta “soledad” sea tan íntima y sostenidamente destructiva como la experimentada en los campos. En un caso, una se encuentra sencillamente retirada de un mundo que no ha perdido nada de su valor y con el que se está preparada y capacitada para entablar múltiples relaciones en cuanto sea posible. En el otro caso, los seres con quienes nos encontramos nos resultan inaccesibles, por razones, íntimamente ineludibles, propias y ajenas. O bien el mundo que se nos presenta ha dejado completamente de sernos de ayuda, permeable e inteligible, o bien hemos perdido las ganas y la fuerza para establecer una relación en la que ya no podemos ni queremos participar. A través de esta ruptura del contacto – que, por supuesto, puede ser sólo momentánea- entre el yo y los demás seres, entre el yo y todo lo que tiene algún valor (en otro idioma, entre el yo y Dios), perdemos también el contacto con nuestra persona. Obligado a ser sólo uno mismo, uno ya no puede ser él mismo. La filosofía contemporánea²⁶ ha subrayado la importancia, la necesidad más bien, de esta mediación, física o humana, entre uno mismo y sí mismo. Los numerosos casos de soledad en cautividad confirman una vez más esta idea.

Por tanto, no solo se está aislado, sino casi destruido. Como ya he mencionado, en mi caso, cuando llegué a Alemania casi me perdí a mí misma. Evidentemente, te pierdes por razones relacionadas con tu situación: separación total de los tuyos y de sus ocupaciones, ausencia de noticias sobre la guerra, permanente ignorancia de tu destino, entorno insolidario, etc.; pero conviene recordar que hay razones más generales.

Ser y ser uno mismo – dos cosas, si no idénticas, al menos relacionadas- consiste en disponer de sí, no en que este mundo inerte irrumpa de repente en nuestro interior. Ser es, como acabo de decir, participar: normalmente no nos tenemos solo a nosotros mismos; somos un *centro* al que llegan y del que parten gestos y preocupaciones – acogida, respuesta, intercambio -. Aquí, en cambio, nos vemos reducidos a nuestro mínimo. Sin llegar a estar muertos, estamos al margen y por tanto desubicados. También se requiere tener una visión retrospectiva y prospectiva de uno mismo, visiones ambas casi prohibidas en el campo. Acordarse de sí significa no sólo tener suficientes recuerdos, sino también que ese pasado siga estando de alguna forma presente; sin embargo, una amiga, cariñosa madre de familia, confiesa que sus hijos ya no son para ella “como antes”; otra señala que, a pesar de la viveza de sus recuerdos, ya no puede

relacionarse con su yo pasado ni con su yo futuro: “Me había perdido a mí misma... Nació y *moría* a cada instante, ya no había más realidad que la del instante”. Además, nuestros propios sueños son sueños de esa nueva vida: la detención, la vida en la cárcel o en el campo, la huida. También es difícil anticiparse a uno mismo. Sin embargo, hacemos previsiones constantemente y creemos que las hacemos con precisión, para las cosas más importantes. Una prisionera jura que “nunca volverá a pasar hambre”. A veces se arriesga un poco más: “nunca más me dejaré engañar”. Una parte de nosotras, sin embargo, sabe ya que, si siempre lo hemos hecho, lo seguiremos haciendo. Sólo hasta cierto punto somos capaces de esperar cualquier cosa de nosotras mismas, aunque en realidad nos sorprendería bastante que esa cosa ocurriera. Ser sigue siendo ser causa: por ejemplo, una directora de un dispensario acostumbrada a organizar, cuando se ve despojada de su eficacia social, deja de reconocerse, y tampoco su hermana la reconoce. Ser es también crear: para una de las compañeras, artista, vivir su muerte es ante todo eso, la imposibilidad de crear. Por último, ser consiste en vincularse con algo más que a uno mismo, de la forma que sea y en el grado que sea. Nuestras ideas funcionan como un sistema de referencia. Ya he comentado que cuando tuvo lugar la gran conmoción casi perdí el sentido de mí misma. Mi experiencia fue la siguiente. Junto a una profunda desolación y decepción, tuve la confirmación más fuerte que existe, una certeza: lo que haría que la vida (y eventualmente la muerte) fuera digna, valiosa, sensata, sería siempre lo mismo. Era una confirmación amarga, desprovista de esperanza y alegría, como inútil, precisamente porque ese mundo válido había sido ridiculizado y cancelado, porque resultaba ya inverosímil y casi mítico. Sin embargo, esa certeza me permitió en ese momento preservar una continuidad del yo o una sensación de continuidad. Nuestras ideas nos protegen del desgarramiento hasta en los peores momentos.

Si hasta ahora no he mencionado el papel del dolor físico es porque este, aunque sea bajo formas que nos son desconocidas, no nos enseña casi nada – salvo que quizá nos confirme en aquello que nos parece esencial y por lo que aceptaríamos sufrir-; por otra parte, me parece que no supone una destrucción de la persona. Uno de sus efectos más notables es un desdoblamiento, una disociación del cuerpo, a veces acompañada de una cierta curiosidad por esta parte de nosotros, nuestro poder de resistencia, que es relativamente extraña e imprevisible. Si dejamos de lado sus efectos en la salud a largo plazo y consideramos el sufrimiento en sí mismo – el dolor o la fatiga-, sabemos que es pasajero y, como tal, es ya algo diferente de mí. Una vez que el frío ha pasado, sólo eres alguien que ha pasado frío, ya no es más que una realidad literaria, alguien en un relato, ya no tiene sentido (lo que llevará a algunas a decir después: “no ha sido para tanto”). Y ya en ese momento sentimos el cuerpo incapaz de recuerdo, *mens momentanea*, por tanto, sin profundidad ni intimidad. También hay casos en los que el cansancio, como la embriaguez, hace que el cuerpo deje de responder a nuestras órdenes, le hace seguir su propio camino y, en consecuencia, disminuye el sentimiento de pertenencia. El dolor se siente a veces nítidamente como algo heterogéneo respecto a todo lo que podamos pensar – y como tal puede reforzar la sensación de un yo impermeable por naturaleza-. Ante la tortura de la policía, hay quienes han reaccionado así: “No tiene nada que ver con la cuestión. Sólo tiene que ver con mi fuerza (y si soy sincera

²⁶ Véase en particular NÉDONCELLE, *La personne humaine et la nature*, Nouvelle Encyclopédie philosophique, Presses Universitaires, 1943, p.11. [Libro reseñado por Dambuyant para el *Journal de Psychologie Normale et Pathologique* en 1946]

no diré nada de antemano sobre esta fuerza que desconozco), pero no tiene nada que ver conmigo". Otro caso: después de un periodo en el que has adelgazado mucho y no has podido desnudarte (como, en nuestro caso, en la marcha de evacuación final), cuando vuelves a ver tu cuerpo, el cambio que ha experimentado sin haberlo podido seguir hace que te parezca extraño, lo miras casi como si fuera el de tus compañeras. Impresión muy parecida de no pertenencia el día que nos afeitan el pelo: con una cierta curiosidad y casi con un sentimiento de indiscreción, conocemos nuestro cráneo. El hambre – cuando pasas un día o dos sin comer, si te castigan o si estás de viaje- puede ser liberadora. Desde luego, en nuestro caso, esto se debía sobre todo a un cese circunstancial de la rivalidad. Mientras hay un poco, competimos; si no hay nada, es como si hubiera mucho: estamos en paz. Pero esta especie de serenidad (totalmente pasajera, huelga decir) también parece deberse al hecho de que ya no esperamos nada del mundo exterior, nos desentendemos, confiamos en nuestras propias fuerzas. Tal vez sea diferente, incluso en este caso, para quienes llevan peor los efectos del hambre: dolor local, debilidad u obsesión. En cualquier caso, el sufrimiento físico no es comparable al del absurdo o la decepción. Ni altera el mundo en el que creo ni me cambia a mí misma. Además, en cierto modo estamos mejor preparados para ello: son un poco gajes del oficio. Lo que al menos algunas hemos aprendido es quizá precisamente esto: hasta qué punto, incluso en los momentos más delicados de hambre o frío, lo que más nos faltaba eran las cosas humanas: necesitábamos lógica –organización, finalidad, sentido de las cosas-, necesitábamos eficacia y necesitábamos intercambio. También, incluso en esos momentos, aspectos triviales de la civilización como la cortesía. Hemos podido constatar hasta qué punto nuestra humanidad nos es íntima.

Tras los momentos de profunda ruptura, se reconstituye un mundo hasta cierto punto "humano" y recuperamos más o menos también el hilo de nosotras mismas.

La experiencia más decisiva para mí fue empezar a trabajar en una fábrica después de dejar Ravensbrück. Estábamos allí para hacer un trabajo que no sólo era agotador y tedioso, sino que odiábamos porque servía a la guerra y no habíamos sabido evitarlo. No obstante, escuchar órdenes que no constituían puras expresiones de demencia, sino que organizaban los actos y se adaptaban a las condiciones, que disponían las cosas hacia un objetivo y, por tanto, tenían un sentido, fue para mí un alivio tan grande que necesité todos mis pensamientos para convencerme de que cualquier cosa era mejor que ese trabajo. Un mundo civilizado en el que las órdenes enseñan a actuar es también un mundo de intercambio, casi de diálogo, por lo que dejó de ser un infierno. Un día pudimos incluso explicarle algunas cosas al capataz, que nos respondió con un "Lo entiendo", devolviéndonos algo de nuestra humanidad. Más adelante, en esos momentos en los que estábamos ya demasiado cansadas de hacer un pseudotrabajo, nos dábamos el respiro de poder hacerlo de forma más inteligente. Fue el caso por ejemplo de una compañera a la que pusieron a preparar los parterres para la siembra – un trabajo dirigido por un auténtico jardinero y que, al no servir para la guerra alemana, podía hacerse bien sin inconveniente alguno –; muchas se rieron de ella por

malgastar tanto esfuerzo, pero ella se desquitó y se dio el gusto de cavar perfectamente y trazar sus caminos al milímetro.

Nos reconstituimos en torno a un trabajo, como ante el más mínimo esfuerzo organizativo. Cualquier cosa puede además devolvernos fugazmente a nuestro mundo: la cortesía inesperada de un guardia, la belleza del primer tranvía o el letrero de un pequeño café. Nuestro primer encuentro con un grupo de prisioneros de guerra fue todo un acontecimiento; no sólo porque eran franceses, estaban vivos, organizados y eran en parte libres para organizarse – un espectáculo maravilloso-, sino también porque en ese momento tomamos conciencia de nosotras mismas y de lo lamentables que resultábamos, lo que nos permitió ubicarnos. Pero sobre todo porque ese contacto con otra cosa, al devolver a nuestro mundo a su lugar particular, impedía que este nos ahogara.

Obviamente, también nos reconstituimos en torno a nuestras compañeras y con su ayuda, o más bien nos impedimos perdernos: la lealtad a las compañeras cercanas, que es grande, se confunde con la necesidad de preservar nuestro yo. Nos reconstituimos gracias al efecto positivo de una conferencia, que nos hace real el mundo; o por la bendición que supone descubrir a una amiga – sobre todo porque esto nos devuelve el respeto: detenernos ante un ser que nos parece precioso y que nos devuelve así a la vez un valor y un "interior"–.

Se trata de elementos de permanencia o reconstitución que proceden, en parte al menos, del exterior. Por otra parte, hay un esfuerzo de continuidad que procede más bien de nosotros. Ya he mencionado la supervivencia de nuestras creencias, que no hay que exagerar, pero que existe cuando somos uno con nuestra verdad. Quienes se reconstituyen con más rapidez, o más bien quienes menos se dejan ir, son a menudo aquellas de convicciones simples y sólidas. No cabe duda, por ejemplo, de que pertenecer a un partido supone una gran protección, tanto porque vincula a la persona con una idea fuerte como porque la sitúa en una categoría y le permite establecer inmediatamente relaciones sociales.

Nos recomponemos de forma más o menos completa. Los distintos caracteres parecen organizarse en torno a dos grandes polos. Uno de ellos se caracteriza por un sistema de ahorro: deliberadamente o no, uno salva ciertas cosas de sí y "flaquea" en otras, ya sea porque las considera menos importantes o porque son demasiado difíciles. Hay casos sorprendentes de este tipo. Tenemos por ejemplo el de una joven tan perezosa que, si no encuentra inmediatamente sus zapatos en su sitio, se pone los de otra persona y permite que la traten como a una ladrona; pero cuando llega a casa cansada del trabajo, se obliga a estudiar un capítulo de gramática alemana; descuida su ropa hasta el punto de no lavarla nunca, pero mantiene la más perfecta cortesía y le avergonzaría tutear a una mujer mayor, no por mera costumbre, sino porque, como ella misma admite, esto es lo que la mantiene vinculada consigo misma y sin lo cual sencillamente dejaría de ser ella. La otra actitud consiste en no elegir, en no privarse, en seguir amando cada cosa de la vida que se amó y, por lo tanto, seguir siendo totalmente vulnerable. Seguramente son muy pocas las mujeres que, con una personalidad excepcional, mantienen todo su ser de esta manera.

Para seguir siendo quienes somos o queremos ser, recurrimos constantemente a nuestro "personaje". Este recurso es de tal ayuda para la persona, para la vida sin más, que a veces tenemos miedo de perderlo. Al llegar a la cárcel puede darse este diálogo: "eres muy buena

persona, como todo el mundo sabe o acaba de saber”; y que responda una voz irónica y sabia, una voz que te recuerda peligrosamente que ser víctima no es ser héroe, que haber sido imprudente no es un mérito y que, mientras los demás te compadecen, en realidad tú sientes que pareces un desertor. Sin embargo, para no quedarnos del todo solos y ser demasiado sinceros, evitamos que el personaje se nos escape; quizá nunca desaparezca del todo. Esto es tan habitual en el cautiverio como en la vida cotidiana: nos anticipamos y nos damos una forma. Para poder decirnos que hemos caminado 2 kilómetros en nuestra celda cada día, nos animamos a darle 250 vueltas; sólo que en el cautiverio es más agudo porque sentimos nuestro yo más amenazado –amenaza de perder su forma, su contenido y sus límites, que es todo una misma cosa– y vamos primero a lo más fácil, al personaje.

A este respecto, lo que más sorprende son los enormes y súbitos cambios de carácter que aparecen cuando cambia nuestra situación, dando lugar a un nuevo personaje. Esto ya ocurría en la celda cada vez que llegaba una nueva reclusa: la que antes estaba deprimida se volvía alegre, hablando de la casa y sus distracciones, animando o despreciando a la recién llegada. Los niños son así y las internas se les parecen mucho. Pero donde el fenómeno llega a resultar inverosímil es cada vez que cambiamos de campo. Por ejemplo, una prisionera enferma y amargada durante mucho tiempo se convierte en la líder del nuevo campo: recupera no sólo la salud y la euforia, sino también la autoridad; se salva. En cambio, una mujer cuyo descaro y puños le habían otorgado previamente una ventaja indiscutible y tenía su propia “pandilla”, la ve desvanecerse cuando, en vez de vivir todas en un gran dormitorio, nos dividen en pequeñas habitaciones; deja de existir. También se ve reducida otra que, amante de la popularidad, tenía cual diputado una clientela ahora inexistente. En sentido inverso, otra compañera que ha perdido la relativa soledad de las horas pasadas delante de su máquina, donde componía canciones muy apreciadas, ahora se deprime. Una mujer que, en el campo anterior, donde la vida era más fácil, resultaba insoportable por su vanidad y coquetería, se transforma aquí en una persona sencilla y tratable: como si toda su vanidad residiera en el cabello que se arreglaba todo el día, se convierte en otra desde el preciso instante en que nos afeitan. Y así con muchas otras mujeres a las que dejamos de reconocer. Cada cambio de campo parece detonar un mecanismo.

Estoy hablando, y tendré que seguir haciéndolo, como si entre persona y personaje se pudiera hacer una distinción estricta. Naturalmente, la mayoría de las veces esto no es así: la imagen que queremos dar de nosotros mismos, la que queremos tener, no es otra cosa que nuestro modelo interno, al que nos abrazamos íntimamente tal vez, esa línea a la que seguimos siendo fieles, nuestro yo mismo. La referencia al modelo interno puede verse claramente en el siguiente caso. En una fila a la espera de ropa de abrigo, se produce una avalancha cuando nos damos cuenta de que no habrá bastante para todas. La situación se vuelve tan caótica que algunas pasan más de una vez. Una prisionera sugiere entonces a su amiga: “Avancemos como los demás; si no, nos quedaremos sin nada” (y, en esos momentos, cualquier cosa es casi una cuestión de vida o muerte). La otra responde: “No, hasta ahora hemos seguido siendo honradas”. He aquí una llamada a la continuidad, incluso cuando esta está a punto de dejar de tener sentido.

El personaje, por tanto, nos acompaña y ayuda, animándonos ya sea a presumir, ya sea a mantener nuestra dignidad o al menos el

respeto humano. Pero también hay momentos en los que la persona tiene que resistirse al personaje y construirse contra él. La facilidad de ciertos papeles es una trampa; por ejemplo, en el interrogatorio, hay que resistir la tentación de lo que podríamos llamar palabras históricas: no se trata de responder al instructor lo que nos hubiera gustado decirle; hay que responder con positividad y humildad lo que en cada momento comprometa menos la situación. Del mismo modo, en la fábrica, no se trata de ser el que visiblemente sabotea el trabajo, a los ojos de uno mismo y de los compañeros; es una actitud romántica, espectacular e indolente, cuando en lo que hay que pensar es en el resultado. La persona se obliga así a ser prudente y construirse sin complacencia.

La misma sabiduría se exige, se impone casi, cuando no es posible una línea de acción simple, cuando ya no sabemos exactamente lo que es honorable y lo que no, o más bien cuando los valores previos ya no sirven o se pueden aplicar como tales. En nuestra situación, nos tropezábamos constantemente con estas ambigüedades, esta especie de *quid pro quo* entre nociones opuestas. Ya en la cárcel se producía a veces un choque entre la gloria de la “inocencia” y la “culpabilidad”. Algunas compañeras, inconsolables por la deshonra de estar allí, admitían al instante que era por el contrario un honor, pero enseguida volvía a imponerse la vergüenza: la sensibilidad vacilante no se adaptaba a su nuevo papel. Lo mismo ocurría en Alemania entre lo honroso de un trabajo bien hecho y el nuevo honor del sabotaje. En principio parecía sencillo: delante de tus camaradas, tenías que ser la que menos trabajaba, o la que sólo trabajaba porque tenía demasiado frío como para quedarse quieta, o porque te vigilaban muy de cerca. Sin embargo, también queríamos demostrar que no le temíamos a una máquina y cuidarnos mucho de ser tachadas de “vagas”, adjetivo que conservaba toda su fuerza de desaprobación (hay que admitir por otro lado que, por muy diversas razones, a menudo eran efectivamente las perezosas las que en realidad no hacían nada). ¿Cuándo debemos ayudar a nuestras camaradas, cuándo debemos abandonarlas a su suerte? El principio es claro y en un grupo formado por los mejores elementos no habría habido ninguna dificultad: si de todos modos hay que hacer un trabajo determinado, si mi participación no aumenta el rendimiento, tengo que ayudar; pero si cuando el trabajo está terminado, alguien trae otro carro para cargar u otro lote de piezas para perforar, no debo añadir mi trabajo al suyo. El juicio práctico suele ser complicado. Del mismo modo, ¿cuándo está mal intentar hacerse llevar por estar enferma? O cuando se trata de registros: ¿es honesto, estúpido, cobarde o altruista entregar un jersey que no te permiten tener? Lo mismo ocurre con la disciplina y la indisciplina y un largo etcétera. Sin duda este ha sido uno de los elementos de mayor inestabilidad social y personal; en este contexto de ambigüedad, no somos dueñas de la mayoría de nuestras acciones. A la vez, sin embargo, esta misma ambigüedad nos llama (aunque rara vez sea escuchada) a una reflexión para ajustar los valores y construirnos de una forma más consciente.

Es difícil valorar el conjunto y el resultado de estas rupturas y esfuerzos de preservación y vinculación. Cuando volvemos a reagrupar todo lo que se ha desintegrado, ¿hasta qué punto volvemos

a adoptar la misma forma o nos convertimos en algo diferente? A título personal, me atrevo a adelantar algunas observaciones.

Un comentario, primero, sobre una pregunta estrechamente vinculada a la anterior: ¿Asistimos a un descubrimiento de sí o, al menos, a un mejor conocimiento de nosotros mismos? En general, creo que la respuesta es afirmativa. Se nos revelan cosas que desconocíamos de nosotros mismos y se confirman rasgos que conocíamos. Obviamente, esto se debe en primer lugar a la novedad de las circunstancias. También tiene que ver con el hecho mismo de la separación: sabemos con certeza a qué seres y qué cosas valoramos plenamente, sin los cuales dejaríamos de ser nosotros mismos; sabemos lo que albergamos en nosotros. También tiene que ver (especialmente en el caso de la cárcel) con el hecho de que es una pausa en la vida, una ocasión que te incita u obliga a tener una visión panorámica de ti misma y de tu vida, algo que muchas personas nunca han tenido la oportunidad o el valor de hacer; muchos internos se sorprenden bastante al ver su vida y deciden entonces cambiarla. Se debe también, por último, a que brinda la oportunidad de una confesión. Es más fácil confesarse en una celda que en la vida en libertad; parece menos indiscreto. Es un poco lo que ocurre cuando viajamos con pasajeros en un tren: es una situación efímera, carente de consecuencias; no utilizas tus palabras para iniciar una serie de acciones, respuestas y juicios. Los prisioneros de guerra han observado algo parecido en las confesiones de los “viajes de campo”.

¿Nos transformamos? Durante el cautiverio y después del regreso, hay una parte evidentemente ligada al cansancio: por ejemplo, la impaciencia y las exigencias, también la violenta impulsividad de las tendencias; a veces aparecen o desaparecen deseos bastante inesperados con la brusquedad de gustos y aversiones físicos; por ejemplo, en mi caso, la necesidad - nunca antes experimentada- de una ciudad; una ciudad organizada, vigilada, se convirtió para mí una fuente inagotable de alegría; además, al volver, una extraordinaria apertura a todo, la capacidad de gozar de esta impulsividad; te vuelves a hacer con todo y en ese momento te impresiona mucho más la pobreza de la vida que acabas de llevar que el hecho mismo de haberla sufrido; te gustaría saborear despacio cada cosa. Todo esto constituye la conocida psicología del convaleciente. También, en parte, una manera de vivir el día a día; como un convaleciente que se alegra con cada paso que da sin caerse o se siente satisfecho con cada éxito diario por pequeño que sea, o cada acto difícil una vez logrado. Dudamos a la hora de ponernos límite.

Si se mantiene, como me parece a mí, más o menos el mismo sistema de valores con el que entraste en la celda, el énfasis es diferente, entre otras cosas por la mayor sensación de fragilidad del progreso y de todo lo que consideras que tiene algún valor. En el campo aprendimos que la pérdida absoluta, la ruina total, era posible. Esto puede dar lugar a una reacción positiva del tipo: sólo quedará lo que hayamos conseguido salvar y, de todo lo que yo pienso o represento, sólo quedará lo que haya logrado expresar; de ahí que a veces nos precipitáramos en algunas decisiones.

Esta impresión tan fuerte, que podemos llamar una impresión de contingencia - la sensación de que la existencia o no de algo, del bien o del infierno, el seguir viva o no, pende de un hilo- se experimenta también en relación con el yo. Tras la gran ruptura, se tiene una especie de curiosidad por sí mismo; curiosidad por cierto que permanece

mucho después del regreso. ¿A qué vamos a asistir? Cuando me rehaga, ¿quizás pueda transformarme en otra persona? Sorprende un poco comprobar que vuelves a ser más o menos la misma o que, en todo caso, te reconoces, del mismo modo que no te deja de sorprender que tu cuerpo, cuando vuelve a tomar forma, adopta la misma de siempre. Tanto es así que volvemos a tener las mismas manías. Una joven que con mucho gusto probó las lombrices de tierra, se permite ahora volver a rechazar un plato de zanahorias (nos vengamos de no haber tenido lo necesario exigiendo lo superfluo). La pregunta más bien es si una volvería a elegir esa vida que fue la suya. Aunque la respuesta venga dada - puesto que hay una relativa continuidad-, la cuestión queda planteada, se abre una duda y el grado de desorientación que provoca esta incertidumbre es una de las causas del malentendido al regresar: ¿por qué ésta o aquélla, en lugar de otra vida? Ni que decir tiene que, por dejadez, por obediencia al propio personaje, porque es más fácil, también por lealtad a uno mismo y a la fuerza de sus sentimientos, y naturalmente por la fuerza de las circunstancias, uno se suele “elegir” la misma vida. Estamos demasiado acostumbrados a nosotros mismos como para cambiar, incluso después de esta cuasi-amnesia, pero sin la serenidad ni el automatismo habitual de esta continuación. Al final, esta fugaz sensación de multiplicidad de posibilidades no hace sino subrayar el poder de preservación de la forma y del regreso a ella.

Cuando nos encontramos en la vida civil con las mujeres que conocimos en el campo, nos llevamos pocas sorpresas. Aquellas que apreciábamos allí son las mismas a las que nos gusta volver a ver, por las mismas razones y por otras nuevas y relacionadas. Constatamos en sus reacciones aquello que nos imaginábamos; podíamos predecir quién sería una condecorada dama de la caridad, una intrigante, una esposa feliz o una vagabunda. Los personajes y las personas se realizan casi tan sistemáticamente como los de una creación literaria. Si la Resistencia o el cautiverio pudo llevar a muchas a exaltarse por encima de su nivel habitual, lo normal es que, pasada esta excepcionalidad, hayan vuelto a ser una jovencita del montón o una niña mimada. En conjunto, estos hechos dan la sensación no solo de que la persona tiene una forma que lo atraviesa todo, sino de que por lo general nos representamos a los demás con bastante exactitud.

¿Alguna de nosotras ha traspasado los límites del yo? ¿Ha supuesto esta profunda conmoción una oportunidad para una adquisición decisiva o una superación comparable a lo que significa una experiencia mística o lo que permiten alcanzar disciplinas extáticas o ascéticas, incluso las más pobres de contenido? Es difícil hacer algo más que plantear la pregunta. Los testimonios dados a posteriori tienen muy poco valor: tendemos a imaginar lo que fue basándonos en lo que parece posible. Importunadas y decepcionadas por las miles de ocupaciones que distraen aquí a nuestro yo, anhelamos una vida supuestamente purificada; interpretamos como privación interior la miseria cuyo peso y mezquindad ya no sentimos y como libertad el vacío y la ausencia de responsabilidad. Con demasiada facilidad tendemos a imaginar que, al no tener que pensar en nada del mundo, pensábamos en Dios y que, abandonadas a nosotras mismas, por fin éramos nosotras mismas. Ciertamente algo de esto sucedió. Pero sólo hay que dar credibilidad a los testimonios con un inusual sentido histórico y psicológico, o aquellos que en el momento mismo hayan dado muestras (y si es posible, probarlo por los “frutos”) de una verdadera evasión interior. Muchos se limitan a responder en términos

de creencia religiosa, mientras que la cuestión radica en saber si – bajo una forma religiosa o no- se produjo una ruptura lo suficientemente profunda y fértil como para llevar a alguien al descubrimiento de un mundo nuevo y un sentimiento de plenitud. La forma de afrontar el dolor no es más que un rasgo accesorio. Podíamos llegar a aislarnos momentáneamente de él, aceptarlo con espíritu cristiano o estoico, o protegernos de él desafiándolo o adoptando una actitud cínica. Pero se trataba de hacer algo más: inventar algo que pudiera compensar a la larga ese nivel de degradación, restaurar el sentido del valor de un modo liberador, superar de una vez no sólo esa vida inhumana sino el vulgar estiaje del yo demasiado humano. Es una cuestión de concentración y de excedente, de verdadera potencia.

La cuestión se plantea, al menos en las condiciones de nuestro grupo. Por supuesto, muchas de estas condiciones hacían inútil cualquier esfuerzo. No teníamos ni la forma de soledad y de paz necesarias ni la tensión ni el alimento espiritual. Ni siquiera teníamos, al final de la guerra, la abrumadora sensación de inevitabilidad que implica la llegada a la cárcel, con el descanso y la disponibilidad que ello conlleva: nos invadían miedos y esperanzas tan desmesurados como breves. Sin embargo, por otro lado, varias condiciones podían acercar nuestra experiencia a aquellas que sí consiguen desprender de sus confines más estrechos al yo: el choque en sí, sobre todo, y la separación repentina y radical de un entorno demasiado común, de un yo demasiado habitual, de todo lo que es fácil y dúctil. Si bien es cierto que en la vida cotidiana a veces fracasamos por miedo a ser demasiado aventureros, aquí los puentes estaban cortados, la parte negativa de la dificultad estaba resuelta. Estábamos ante un cambio completo de escenario sin posibilidad de repliegue. Es muy cierto que una transformación esencial sólo puede empezar por nosotros y que la destrucción no determina una iniciativa. Pero tal vez podíamos apoyarnos en lo que las circunstancias ya habían logrado, y lanzarnos a una aventura abierta.

Es posible que tales superaciones hayan tenido lugar ante la muerte, sobre todo ante una muerte tan profundamente solitaria:

había que inventarlo todo, ya no bastaba (probablemente nunca baste) con encontrar viejas armas, un viático probado. Pero ha habido casos de aceptación deliberada de la muerte; algunos evidencian simplemente una pérdida total de fuentes de vida, pero otros debieron de significar una superación de sí casi incomprensible. También se pueden dar otros casos. Para otra compañera, el impacto de un mundo derrotado provocó forzosamente su contrapartida, el peso de Dios que venía a alterar y anular el peso del mal; fue plenamente una experiencia, aceptada, y una culminación, la presencia de Dios. Bajo otras formas, otras compañeras se han podido aproximar a una zona protegida del dolor, al margen de las cosas, de un yo ligado a las cosas. Una de ellas, fiel a su optimismo a pesar de sus muchas preocupaciones, con una fe política totalmente firme, se estableció en una región de paz a la altura de las más elevadas. En cualquier caso, tales éxitos son raros. Ciertamente hemos tenido algunos momentos de plenitud en los que el horizonte parecía despejarse. Pero esta alegría era efímera y de poco alcance. Seguramente hace falta una disciplina previa y un gran poder de iniciativa espiritual para que, de una experiencia tan brutal, surja algo que merezca la pena. Además, nuestras condiciones no eran sólo difíciles sino contradictorias. Poderosa virtud de arranque, pero en un universo de infelicidad, negación y pobreza espiritual. Cuando se ha logrado reconstituir un mundo interior válido o vivible, la concentración provocada por el impacto inicial ha venido seguida de la dispersión. Estamos desarraigados, pero no sólo de lo más estrecho del yo, de su apego a sí mismo y a sus placeres; también, sobre todo incluso, de lo más profundo y abierto que hay: de su apego al ser humano, de su poder de creación, de su fe en la existencia del bien; estamos íntimamente implicados en un fracaso, acechados por la angustia o la inercia. Somos demasiado conscientes del riesgo de perdernos como para no aferrarnos a nosotros mismos – a las cosas grandes y pequeñas- y no rechazar una experiencia que se presenta en exceso como la de la desesperación y la locura. Involuntaria y voluntariamente, tensamos nuestras fuerzas hacia la permanencia.